

Entonces la cierva herida se convirtió en leona; fingiendo resignación pidió permiso á sus verdugos para tomar un abrigo en la pieza inmediata, y á poco regresó armada con una enorme tranca; sin previa declaración de guerra suministró á los dos ebrios, tan repetidos y violentos golpes, que los hizo huir hasta la calle perseguidos y vapulados por su víctima.

Al día siguiente la esposa promovió el divorcio, y la sociedad oaxaqueña le brindó su protección lamentando el suceso y teniendo á la vez mucho que reír con la disculpa que dió el marido ante los tribunales diciendo, que había jugado á su mujer porque, como estaban en *el año del hambre* necesitó recursos para vivir.

XII.

POR MANDATO DEL DIFUNTO.

En cierta casa de una de las calles que hoy se llaman de Tinoco y Palacios, vivió á principios del Siglo XIX una Señora Doña Carlota N. . . . viuda respetable, ilustrada cuanto podía serlo una dama en aquel tiempo, y recibida en la buena sociedad por su honradez, por su dinero y su carácter comunicativo.

Cuando la buena Señora recordaba la época de su remota juventud, refería los antecedentes de su casamiento efectuado por mandato de su padre, que se apareció un año después de haber fallecido.

Aquella narración aumentada quizás de boca en boca y revestida con los adornos de la leyenda, es como sigue:

Murió Don Francisco Z. . . . dejando á su hermano Tiburcio en posesión de cuantiosos bienes como tutor y curador de Carlota su hija y heredera universal.

El Señor Don Francisco fué un respetable caballero, devoto y magnánimo, Mayordomo de la Archicofradía del Santísimo y Regidor del muy Ilustre Ayuntamiento; poseía muchas casas, tres haciendas y un coche de sopandas con capacidad para doce personas, sin contar con los cuatro aurigas de ordenanza, cuyo mueble usaba pocas veces, y le servía de lo que sirven ahora también los coches particulares, para prestarlo en todos los casamientos de ricos y pobres, para mandarlo á entierros de amigos y enemigos y para soportar frecuentes disgustos é inútiles gastos.

Y era Don Tiburcio, Capitán de guardias del Rey, bajo de cuerpo, ventruado y sanguíneo, muy observante de sus deberes militares, pero con un carácter voluble, atrabiliario, inexplicable; ya parecía una dama por sus delicadezas y atenciones, ya se mostraba un solemne fanfarrón en casos inesperados. Era capaz de mantener contienda con diez granaderos simultáneamente, y no salía de noche al corredor de su casa por miedo á los catarros, ó á una aparición del otro mundo. . . . ¡Creía en brujas!

La niña Doña Carlota, dotada de talento y discreción, sabedora de que todo lo que había en casa era suyo, mostrábase cariñosa y obsecuente con su tío, pero hacía su voluntad en todo y para todo, no traspasando, sin embargo, los límites de las buenas formas y los santos ejemplos con que había sido educada. Vivía dichosa, servida y vigilada por su ama de llaves, Doña Ursula, persona digna de confianza y de respetos por estar filiada en todas las hermandades religiosas de la ciudad y pertenecer al gremio de las dueñas que recomendaba Sancho Panza en sus desahogos de malcontento escudero.

Por algún tiempo reinó en aquel hogar la paz octaviana; mas llegó un día en que ocurriósele á la niña enamorarse de Don Carlos Villareal, joven cadete del Regimiento de Húsares, lo cual de ninguna manera convino al Señor Capitán, que pretendía continuar administrando por tiempo indefinido las riquezas de su pupila. Desde luego la invitó, aunque sin éxito, á un largo viaje de recreo; y al pretendiente procuraba tenerlo encerrado en el cuartel con variados pretextos. En aquella situación tan difícil para los jóvenes que no podían hablarse más que unos instantes cada ocho días, á diez metros de distancia, la una en el tercer patio y el otro en la azotea, recurrieron al procedimiento de explotar las ridículas preocupaciones del Capitán, todo por consejo y acuerdo de Doña Ursula que gustosa se ofreció á servir de tercera en discordia.

Repentinamente comenzó á decirse, hasta por la Plaza del Mercado, que en la casa del Capitán *penaban*. ¿Quién penaba? nadie lo sabía, pero todas las noches se oían en las azoteas, en el patio, y aún en las habitaciones, ruidos extraños y lamentos que aterraban á la niña y su servidumbre. Cuando el Señor lo supo regañó á todos excitándolos á que desechasen el miedo; pero el ama y la sobrina en combinación con el Alférez, cierta noche colocaron cerca de la caballeriza un fantoche blanco y largo, pendiente de una tramo-ya, y muy adecuado para representar á la misma muerte. A la hora convenida con el novio, se presentó la familia en masa invitando al Capitán para que fuese á cerciorarse de lo que pasaba en el segundo patio.

El valiente jefe armóse de todas armas y murmurando algunas palabras de las más rispidas que sabía, se dirigió á la caballeriza seguido de Doña Ursula que también iba armada con una tranca.

Apenas apareció Su Excelencia por el segundo patio cuando el cadete, oculto en la azotea, movió la cuerda de tal manera que el fantasma comenzó á subir hasta perderse en los tejados.

Don Tiburcio, no teniendo ya en quien cebar su enojo tocó á retirada diciendo con voz entrecortada y ronca:—Mañana nos mudaremos de aquí.

Tres días después la familia ocupaba otra casa que, siendo única de altos en la manzana, por su aislamiento, prestaba facilidades para ser vigilada.

Desde entonces el alma en pena ya no anduvo por fuera, pues habíale parecido más cómodo quedarse de huésped en la casa.

Por prontas diligencias, la primera noche que Don Tiburcio pensaba dormir tranquilo, en momentos de recogerse presentósele un criado tartamudeando compungido:

—Señor, ahí buscan á Ud.

—¿Quién?

—¡El muerto!

—¡Voto al diablo! ¡Qué muerto ni qué muerto! Dile que entre.

—Ya entró, Señor; dice que en la escalera quiere hablar con Ud. y yo temo regresar

—¡Rayos y truenos! ¡Cobardón! vamos y verás si yo le pego al muerto y á todos los muertos que se me presenten.

Y saliendo con la espada desembainada se dirigió á la escalera donde no encontró persona muerta ni viva, y desahogó su cólera sobre el doméstico que de antemano estaba vendido á Doña Ursula.

A la noche siguiente, cuando en el próximo convento sonaba el toque de ánimas, se presentó Carlota en la alcoba de su tío fingiéndose alarmada:—Aquí vengo, tío, á estarme con Ud. porque dicen que todas las noches anda mi papá envuelto en una sábana rezando por los corredores, y yo tengo mucho miedo.

—Sea por amor de Dios, sobrina —Y el pobre tío, acostumbrado á dormir desde las nueve, tuvo que escuchar hasta las doce la lectura del *Año Cristiano* con que se propuso agasajarlo la muchacha.

Pasados unos días, á la misma hora llegó Doña Ursula, cargada de almohadas y cobertores; sin más preámbulos, lanzó un suspiro y dijo:—Con su permiso Señor Don Tiburcio, yo quiero dormir con Ud. esta noche; ya no puedo soportar las visitas de mi amo el Señor Don Francisco, que Dios tenga en su gloria; todas las noches va á sentarse en mi cama rezando la Via-cruceis y me dice unas cosas que sólo Dios sabe

—¡Doña Ursula! ¡Doña Ursula! vaya Ud. á dormir con mil demonios y no me traega esas soflamas

—Pero, Señor Ud. no sabe lo que son penas y sobresaltos —contestó tirando las almohadas.

—¡Mal haya la gente bruta! ¡Cómo ha dejado Ud. sola á mi sobrina! recoja esos trapos y dígame á Carlota que venga con Ud. y toda la parvada de gallinas españadizas que la sirven, para que duerman juntas en la pieza contigua á mi despacho; ya veremos si se atreve conmigo algún pelele.

—Bien haya la madrecita de Su Merced, mi Señor Don Tiburcio, porque nos vá á sacar vd. de esta congoja, —murmuró Doña Ursula, y salió persignándose.

Acto continuo, el gabinete del militar, cubierto de tapices y adornado con pantallas venecianas, fué invadido por una orda de gitanos que tal parecía el séquito de Carlota, formado por Doña Ursula en cápite, la cocinera con tres galopinas, la recamarera, la costurera y la pajarera con sus comparsas de ayudantes, todas casi en paños menores llevando á cues-

tas grandes fardos de ropa, y seguidas del portero, los mozos de aseo y los cocheros que cargaban en brazos al perro, la gata con todo y familia, y algunas jaulas.

—¡Pero mujeres! ¡Pero Doña Ursula! ¡Voto á Lucifer!
 ¿Insiste vd. en dormir con todos esos hombres?

—¡Ave María Purísima! ¡No lo permita Dios! Todos venimos preparados á rezar un rosario de quince antes de acostarnos; y los muchachos se quedarán en el corredor.

—Echelo de veinte si quiere, y déjeme en paz porque ya tengo encima muchas desveladas.

Dos horas después aún no podía dormir el pobre Capitán porque no cesaban de llegar hasta su alcoba, los sollozos, los clamoreos, y algunos cantos destemplados con que revolvía sus oraciones aquella impertinente muchedumbre.

—¡Con cien mil satanases y otros tantos demonios! ¿Se callan Udes. para que pueda yo dormir? si nó las mando con el muerto ó me mato porque ya no puedo soportarlas.

El silencio se hizo, pero al día siguiente tuvo Don Tiburcio que desayunarse con la noticia de que no había quien barriese la casa porque cocheros y sotacocheros, y todos sus galletines habían desaparecido ahuyentados por el fantasma.

Quien los asustó fué Carlota prometiéndoles doble salario entretanto volvían á ser llamados. Horas después, la cocinera presentó su dimisión, y con ella todo el *Ministerio culinario*.

Para conjurar tamaña huelga el valeroso Jefe agregó en la Orden del día, que un Sargento y catorce soldados le fueran remitidos del cuartel todas las noches para cuidar su casa y su persona.

—Ya verás,—dijo á su sobrina,—esta noche con algunos soldados vendrá el Sargento *cien hombres*, así le llaman en el cuartel por sus hazañas muchas y buenas, á su lado pienso batirme con el muerto y con todos los muertos que tú quieras.

Y el alma en pena no tuvo miedo al Sargento *cien hombres* quien oportunamente había sido cohechado por Don Carlos, requerido de Doña Ursula, y bien pagado por la niña.

El vivac de los quince guardianes se instaló en la caballeriza, después que apuraron un chocolate, obsequio clandestino de la inteligente dueña.

Y sucedió, que á media noche, cuando más tranquilo dormía el Señor, saltó al escuchar tres sonoras palmadas en la puerta de su cuarto.

—¿Quién? ¿Quién es?

—Yo.

—¿Quién es yo?

—Yo soy *cien hombres* que vengo con los otros catorce

—Pero ¿Qué sucede?

—Hay novedad en la guardia.

—¿Que pasa? grandísimo majadero; me estas haciendo rabiarse.

—Tiene visita mi Capitán

—Ya sé ya sé me vendrás con el chisme del difunto; soquete, cobardón, de balde te llamas *cien hombres*.

—Nó, Señor nó, Señor si es que un caballero hermano de Su Merced manda llamarlo y aquí traje la escolta.

—Malditos sean tú y tu escolta anda, traémelo amarrado.

—La verdad, señor Capitán, que yo soy muy valiente como vd. pero por lo tocante á los difuntos nada dice la Ordenanza.

—Aunque no lo diga yo te lo mando anda, dile que no estoy en casa, y si no se vá, lo matas mañana me darás el parte correspondiente.

Esta escena pasó sin que Don Tiburcio abriese la puerta de su cuarto, y volviendo al lecho ya no pudo conciliar el sueño.

Aquella situación debía terminar, y Carlota viendo á su tío ya preparado para el golpe final, dispuso lo que debería llevarse á cabo el día siguiente.

Una de las mandas del finado Señor Don Francisco, cumplidas religiosamente por su hermano, era la remesa de comestibles que semanariamente hacía, por el honorable conducto de Doña Ursula, al Convento de Capuchinas descalzas.

Todos los sábados la hacendosa dueña regresaba del Mercado seguida de dos ó tres cargadores que conducían en grandes canastos la ofrenda votiva para llevarla á su destino al día siguiente.

Aquel día era sábado, y en cumplimiento de su misión llegó Doña Ursula presidiendo á los mozos sin que persona alguna notase que iba un canasto más de los ordinarios, en cuyo fondo, y cubierto con legumbres de todas especies, estaba en cuerpo y alma el alférez Don Carlos que inmediatamente fué bien guardado en un rincón de la carbonera.

Mientras el tío dormía la siesta, su buena sobrina descargó la gran pistola de chispa que se hallaba en el escritorio, y volvió á cargarla con pura pólvora, llevando la bala inmediatamente á Ursula para que la conservase caliente en el bracero.

Daban las doce de la noche cuando el viejo militar fué despertado por el llamamiento perentorio de su sobrina que le decía:

—¡Tío! ¡Tío! Defiéndanos vd. ¡Ya viene el muerto! Creo que es mi papá que quiere hablar con vd. aunque se atranque.

—¡Voto al infierno! —gritó Don Tiburcio al levantarse; medio dormido y medio desnudo salió al corredor llevando en una mano su espada y en la otra el trabuco de la pólvora.

—¡Ahí está! ¡Ya viene! —gritaron á un tiempo Carlota y Doña Ursula.

Ciertamente, por el fondo del corredor apareció una figura elevada y blanquecina, poco perceptible en la obscuridad.

Villareal con antifaz macabro y envuelto en las sábanas de Doña Ursula, se dirigía lentamente hácia Don Tiburcio que lo esperaba no sin cierto miedecillo.

—De parte de Dios te mando, hermano, que cases á mi hija con la persona de su elección—expuso el muerto.

—De parte de Dios te mando! —Contestó Don Tiburcio encolerizado, y le disparó á quema-ropa.

Con la luz del fogonazo pudo ver la horrible catadura del difunto, y notar que había levantado la mano para recibir la bala, con lo cual empezó á perder la serenidad, dejando caer sus armas.

En el acto el muerto se le aproximó hablándole con tono persuasivo:—Toma tu bala, y cumple mi voluntad.—Y se fué á perder luego en las obscuridades de la cocina.

El Capitán de dragones conservó un resto de valor para recibir la bala, pero al sentirla tan caliente, la arrojó con espanto y comenzó á temblar de piés á cabeza.

El ama y la sobrina, prevenidas para cualquier evento, simulando que contenían las iras de su Señor, lo llevaron á remolque hasta su recámara.

—Tío, por las llagas de San Francisco, no se pierda vd.

—Señor, Señor, no insista vd. en matarlo; es un alma de la otra vida

—Tío, tío ¡qué miedo tengo! ¡ya estoy desmayándome!

Así lo entretuvieron hasta que un sirviente le presentó agua tibia con esencia de azahar en taza de plata.

Sentado en su gran butaca el buen Señor, después de haber cavilado en silencio, tal vez sobre la autenticidad de la aparición, arrojó la taza, y rechinando los dientes, habló á su sobrina:

—Ya no puedo soportar esta vida mañana me largo de aquí en cualquiera otra parte serviré al Rey nuestro Señor Nó mejor me mato Me suicido en cuanto amanezca y tú, cástate con quien quieras, y cuando quieras

—No, tío, cálmese vd., por el amor de Dios esto puede arreglarse si vd. me dá licencia, yo me casaré, pero con la condición de que todos vivamos juntos en casa.

Como esta condición era la que ambicionaba el tío, se dejó persuadir no sin quemar el último cartucho.

—Está bien ¡Voto á bríos! ¡Ya no me mataré! Pero que nunca se me ponga delante la Ursula, esa vieja beata que por mis pecados y sus artimañas se ha llenado la casa de brujerías y traspantajos.

Algunas semanas después casóse Doña Carlota con Don Carlos *por mandato del difunto*.

EL FANTASMA DE LA CALLE DE SEGOVIA.

Sabido es que al amanecer del día 25 de Junio de 1767 se notificó á los Padres Jesuitas residentes en Nueva España el Decreto de expulsión firmado por el Rey Carlos III. Obedecieron sin vacilar y se dejaron conducir al puerto de Veracruz; pero algunos miembros de la Compañía que no fueron notificados por encontrarse fuera de la Ciudad de Oaxaca, se ocultaron en un pueblo donde permanecieron mucho tiempo viviendo como seglares y cumpliendo las reglas de su Orden bajo la protección de los indios á cuya enseñanza estaban dedicados.

Es fama también, que á los trabajos de aquellos proscritos se deben los conocimientos notables en lectura y escritura de muchos pobladores del Valle Grande, distinguiéndose hasta hoy los de Miahuatlán por la bella forma de su letra.

También se supo entonces, que el Gobierno del Rey por razones de alta política, ó, mejor dicho, por temor á una sublevación de los pueblos, afectó ignorar la existencia de aquellos Padres disfrazados con el insignificante aspecto que ofrecían entonces los maestros de escuela.

Uno de ellos por motivo de enfermedad vino á Oaxaca, y ocultándose en la casa marcada hoy con el número 44 de la antigua calle de Segovia, vivió mucho tiempo sin hacerse notar; pero llegó el día en que por prescripción médica, ó por afán de libertad, comenzó en las altas horas de la noche á salir al balcón, á pasearse en la azotea, y á buscar el aire libre algunas veces por los suburbios de la Ciudad.

Y sucedió, que habiendo sido observado por algún trasnochador, ó por un Tenorio que merodeaba de noche por las azoteas, la imaginación de los timoratos y las lenguas de los necios, formaron la temerosa relación de que todas las noches un bulto negro, alto é impalpable se paseaba en los aleros, corría sobre las orillas de los balcones, y sin abrir la puerta salía de una casa para secuestrar á las mujeres y devorar á los niños.

Mucho tiempo duró la preocupación y el espanto causado por *el Fantasma de la calle de Segovia*, hasta que una noche al pasar la ronda no lejos de aquel lugar y con cierto recelo, escuchó ruido de hombres que reñían, y en seguida una voz de agonizante que clamaba:—¡Me muero! ¡Un Padre! ¡Un Padre!

Al presentarse los ministros de la justicia en el teatro del suceso, que era el umbral de la casa mencionada, vieron á dos hombres que huían, otro que acababa de caer al suelo, y otro que saliendo de la casa momentos después é inclinándose para reconocer al moribundo, dijo á los alguaciles con acento cariñoso y persuasivo:—Deteneos, soy el Padre H. . . . permitid que lo confiese, y mientras, algunos de vosotros alcanzad al asesino.

El jefe de la ronda, que, sin duda conoció al Jesuita, respetable por muchos motivos, y que acababa de escuchar de los labios del moribundo el nombre de su matador, dispuso la persecución de los que huían y fué á colocarle á cierta distancia.

Pasado un breve rato en que el Padre permaneció arrodillado junto al occiso, se irguió, y llamando al jefe de la ronda le dijo:—Ya murió este caballero, ahora llenad vuestro deber; y respecto á mí, podeis avisar al Señor Corregidor, que vivía yo en Oaxaca obedeciendo un mandato de conciencia, acabo de cumplirlo, é inmediatamente parto á mi destierro.

El oficial del Rey quedó confuso é inmóvil unos momentos hasta que su patrulla se presentó con el asesino, mientras el Padre, habiendo recibido de su criado el sombrero y el bastón, sólo, y con pasos mesurados fué á perderse en la obscuridad del cercano Portal de Clavería.

Nadie hasta hoy ha sabido adonde fué ó en donde se ocultó.

Al día siguiente la autoridad mandó catear la casa, no encontrando en los altos más que un lecho muy pobre, una mesa de madera común, y multitud de libros preciosos que fueron llevados á la biblioteca de los Dominicos.

El criado del Jesuita desapareció también, y el arrendatario de la casa, comerciante español, y hombre sólo, recientemente llegado á Oaxaca, declaró que poco antes había celebrado el contrato de alquiler por los altos con un caballero blanco, de facciones apacibles y elegante apostura, que se llamaba Don Juan, no salía de la casa y pagaba la renta con escrupulosa puntualidad.

Dice la tradición que el muerto de aquella noche fue un jóven perteneciente á la clase privilegiada de la sociedad oaxaqueña; su educación desde niño estuvo á cargo del Padre H. que lo estimaba y distinguía por su talento, pero con frecuencia vióse obligado á sujetarlo para moderar la fogosidad de su carácter. Cuando hubo concluido sus estudios y llegó á ocupar un puesto elevado en la Administración pública, siempre que su maestro lo veía, procuraba recordarle los consejos de otro tiempo; y una vez invitándole á que se confesara, terminó la entrevista con las siguientes promesas:—Sí, Padre, yo me confesaré, pero cuando me muera, si Ud. ocurre á mi llamamiento.—Y el Padre le dijo:—Yo pediré al cielo poder estar junto á tí á la hora de tu muerte.

Como se ha visto, ambos compromisos se cumplieron: ¿Sería disposición providencial? ¿Sería conseja urdida por el que inventó á *El Fantasma de la calle de Segovia*?

LA MINA DE NATIVIDAD.

Al Señor Lic. Arturo Fenchio, distinguido escritor oaxaqueño, perteneciente á una familia honorable de origen inglés, cuyos progenitores poseyeron importantes minerales en el Distrito de Ixtlán, debemos la siguiente narración que ofrece una idea de la riqueza de Oaxaca en otros tiempos.

En el último cuarto del siglo XVIII llegaron á esta ciudad dos hermanos españoles de apellido Echarri, uno de ellos era Coronel de las milicias del Rey, el otro se dedicó al comercio consiguiendo brevemente una fortuna como era fácil por entonces.

Ya fuese por noticias recibidas de la Sierra de Ixtlán, ó por sus conocimientos en minería, dejaron ambos sus profesiones y se dedicaron á la extracción de metales preciosos.

Aconteció que, á pesar de sus grandes esfuerzos y cuantiosos desembolsos, no aparecía el tesoro ambicionado; y llegó una vez que, á poco de comenzar sus trabajos en la nueva mina llamada «Natividad», ya no teniendo los hermanos Echarri con qué pagar á sus barrreteros, resolvieron hacer el último sacrificio viniendo uno de ellos á Oaxaca para vender el resto de su fortuna que consistía en algunas cucharas de plata.

Caminaba D. Francisco Echarri desalentado y pensativo, ya muy cerca de esta Ciudad, cuando lo cubierto de polvo y jadeando, un enviado de su hermano que á gritos le decía:—Regrésese Ud. Señor, ya apareció la veta, es muy grande, muy rica, ya tenemos mucho oro.

Desde entonces los Sres. Echarri, de quienes sólo se recuerda el nombre de D. Francisco, figuraron entre los más ricos mineros y propietarios de Oaxaca; su casa habitación fué la que hoy está marcada con el número 65 en la 10ª calle de la Avenida Independencia que se llamó por mucho tiempo *Calle del Coronel* á honra y memoria del Coronel Echarri.

Y llegó un día en que se anunció por toda esta pacífica Ciudad la llegada de los insurgentes con la temerosa exclamación de *¡La América prieta!*

El Coronel retirado y su hermano desde luego pensaron en la fuga y la traslación de sus caudales á la Península, lo cual ejecutaron en unión de varios españoles que con tiempo trajeron de Oaxaca sus familias y sus tesoros; mas era tanta la plata sin acuñar de los hermanos Echarri, que se vieron precisados á dejar oculta gran cantidad; y al efecto, según lo han asegurado algunas personas de crédito, en una de las bodegas de su casa levantaron un tabique con barras de plata cubriéndolo por ambos lados de ladrillo y argamasa: lo creíble es que hayan acumulado sus preciosos metales en alguna grande alhacena de las que todavía se encuentran en muchas casas antiguas. También se dice que llenaron de plata un gran pesebre de la misma casa.

Cuando fué tomada esta Ciudad por el General Morelos, sus capitanes se alojaron en las habitaciones que los españoles abandonaron dejando completos sus ricos mobiliarios.

Imposible sería decir si fué Terán ó Matamoros, Galeana ó algún otro jefe insurgente á quien tocó la fortuna de ocupar la habitación de Echarri; el caso fué, como lo afirma la tradición, que el asistente de aquel militar, deseando colgar sus armas en una pared, introdujo

á golpes unas grandes puas de madera cuya operación estaba por terminar cuando le cayó encima la gruesa costra de material dejando á la vista el brillante lienzo formado con barras de plata.....

Uno de los Echarri murió en Europa, y á los 30 años el Coronel D. Francisco volvió á Oaxaca: entrando á su casa que la había recogido y conservado uno de sus amigos, lanzó esta exclamación al ver que ya no existía la pared ó la alhacena misteriosa:—¡Me han dejado sin almorzar, pero aún me queda mucho que comer!...—y era que ya había observado que la caballeriza se encontraba intacta; de allí sacó la otra parte de riqueza escondida, con la que pudo vivir algunos años dejando todavía su buen capital á fundaciones piadosas y su buen nombre á la calle en que vivió.

La Mina de Natividad quedó por algún tiempo abandonada; después pasó á poder de D. Manuel Goytia que tuvo grandes dificultades para explotarla, y producía tan poco, que el Lic. D. Miguel Gastro la tuvo arrendada por \$30.00⁰ anuales.

Conocida la importancia de aquel mineral, en el año de 1875 se formó una sociedad explotadora compuesta por el mismo Señor Goytia que representaba una cuarta parte del capital, y lo restante de acciones fué tomado por varios socios entre los que figuraban D. Miguel Castro, D. José Zorrilla, D. Francisco Meixueiro, D. Constantino Richards y otras personas notables de Oaxaca.

Los trabajos comenzaron con actividad, mas como el producto no correspondió á los desembolsos, muchos socios dejaron de pagar las debidas exhibiciones, otros vendieron á bajo precio sus derechos, y alguno hizo traslación gratuita de las acciones que poseía.

Por último, vino la ocasión en que, reorganizada la sociedad, con nuevo esfuerzo y la aplicación de los aparatos y conocimientos de la mecánica moderna, llegó á ser «Natividad» uno de los minerales más ricos del país; y las numerosas acciones que nada valieron en un tiempo, llegaron á estimarse, hace siete años, á un mil pesos cada una en atención al excesivo importe de los productos.

Posteriormente los accionistas han permanecido sin recibir dividendo alguno á causa de que las utilidades se están invirtiendo en edificios y aparatos que pondrán la negociación al nivel de las mejores empresas mineras que se conocen en los países civilizados.

XV.

EL ESPAÑOL INGUANZO.

De la misma manera que se les llaman Cresos á los hombres inmensamente ricos, y Quijotes á los valientes aturdidos, en Oaxaca se han llamado Inguanzos á los ricos avarientos.

A principios del siglo XIX, habitaba la casa número 47 de la 8^a calle de Independencia, antigua del Correo, el español Inguanzo, de quien nos hablan en sus obras los escritores Gay y Martínez Gracida.

La historia de Inguanzo escuchámosla nosotros en una de aquellas veladas del hogar que no se olvidan, en que el padre de familia descansaba en la butaca, las Señoras grandes, después de rezar el Rosario, sacaban hilas y hacían cigarrillos, y la joven madre acariciando al niño medio dormido en su regazo, escuchaba atentamente á la *visita*; doncella octogenaria ó empleado cesante, viejos respetables que contaban sucesos desconocidos ó historias maravillosas.

Y era Inguanzo un español que al llegar de la Península fué recibido por uno de sus compatriotas como simple deméstico; pronto llegó á escribiente, luego fué cajero, después encargado de los negocios de su jefe, y siempre trabajando y economizando hasta el pan de cada día, llegó á ser propietario de una opulenta casa de comercio.

Su avaricia fué escandalosa y proverbial: contábase, entre otras cosas suyas, que cuando recibía visitas por la noche, después de colocarlas en el estrado, apagaba la vela, diciendo:—Para platicar no se necesita de luz.—

Cuando el General Morelos, necesitando dinero para el sueldo de sus tropas lo obtuvo de grado ó por fuerza, de los ricos españoles, indispensablemente le llegó su turno á Inguanzo que, como era natural, se resistió á entregarlo; entonces los soldados insurgentes saquearon la casa, y fué tanto el dinero encontrado en un sótano y puesto á granel por economía de costales ó barriles, que los expropiadores del tesoro llevaron un regular número de carretas para conducirlo; acontecimiento sensacional en esa calle y único en su género según toda probabilidad.

Y era tan mezquino y tan pequeño aquel pobre hombre, que mortificado el General Morelos por el despojo, llamó á Inguanzo con intenciones de entregarle una parte de su fortuna; y pasó entre ambos este diálogo:

—He sabido que le recogieron á Ud. cuanto poseía.

—Sí, Señor.

—¿De qué suma quiere Ud. disponer para vivir y trabajar? Yo mandaré que se la entreguen.

—Señor, con un peso diario me alcanzará.

Y afirma la tradición que con aquel peso diario recibido por cierto tiempo, Inguanzo volvió á trabajar, volvió á economizar y volvió á ser rico por segunda vez.

XVI.

LA CALLE DEL SUSTO.

También Oaxaca tuvo su *Don Juan Manuel* como la Capital de la República, y su calle peligrosa donde con frecuencia se encontraban hombres asesinados sin que se supiera por quién: desde entonces llamóse *del Susto* la que hoy es 14^a calle de Morelos.

Nuestro Don Juan Manuel, aunque responsable ante el público de aquellos crímenes, no se parecía al otro, porque no era rico, ni marido celoso, ni amigo del Virrey, ni apareció ahorcado en los andamios de la nueva Catedral, víctima de la rivalidad de un Magistrado; sino que, al contrario, este fué un pobre fanático sin familia, asesino convicto y confeso, librado del patíbulo por un Juez prevaricador.

Aconteció en el año de 1813, bajo el Gobierno de los insurgentes, que en la calle indicada, donde no había alumbrado, ni policía, se encontraban al amanecer cuerpos ensangrentados y exánimes de militares insurgentes y de otras personas adictas á la independencia; también se notaba que varios individuos de la misma clase, cuando de noche se internaban por esa calle, nadie volvía á verlos.

Asustado el público y alarmado el Gobierno con tales noticias, se decretaron indagaciones; se pusieron espías y se hicieron piadosas rogativas hasta que hubo de saberse que un zapatero de corto entendimiento é instintos feroces, persuadido de que los soldados de Morelos estaban excomulgados y merecían se les matara porque defendían la independencia, resolvió asesinarlos uno á uno.

Con pretexto de obsequiarles alimentos y coser su calzado á bajo precio, los hacía entrar de noche al taller que estaba en una accesoria de la calle relacionada.

Una vez en presencia de sus víctimas les acometía traidoramente arrojando después los cadáveres á la calle, ó sepultándolos en la misma tienda.

Cuando llegó á ser sorprendido y llevado al Tribunal, declaró con malicia ó estupidez, que su confesor le había permitido y aconsejado tamaña iniquidad.

El epílogo de aquella historia sangrienta no fué menos sensacional.

Por entonces los insurgentes abandonaron á Oaxaca, y al ocuparla nuevamente las tropas españolas, el asesino fué puesto en libertad.

Hay quien afirme que aquel insensato recibió de otros como él, aplausos y parabienes por haber castigado á los enemigos del Rey.